

La Nación

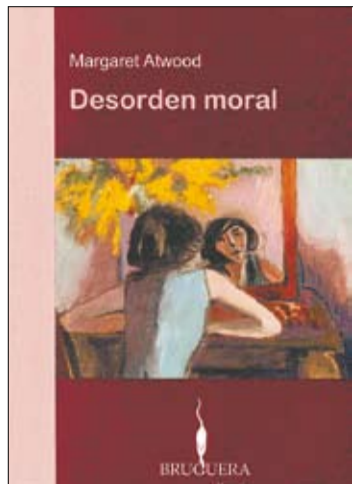
EMPRESA PERIODÍSTICA LA NACIÓN
AGUSTINAS 1269 - CASILLA 81-D SANTIAGO - TELÉFONO: 7870100 - FAX: 6981059 www.lanacion.cl
JUEVES 27 DE MARZO DE 2008

ARICA	18 / 24	PARCIAL
IQUIQUE	17 / 24	PARCIAL
ANTOFAGASTA	16 / 21	PARCIAL
COPIAPO	14 / 27	DESPEJADO
LA SERENA	13 / 22	DESPEJADO
VALPARAISO	12 / 21	PARCIAL
SANTIAGO	11 / 27	PARCIAL
RANCAGUA	10 / 27	NUBLADO
TALCA	10 / 27	PARCIAL
CONCEPCIÓN	10 / 21	NUBLADO
TEMUCO	4 / 20	DESPEJADO
PUERTO MONTT	4 / 18	DESPEJADO
COYHAIQUE	3 / 18	PARCIAL
PUNTA ARENAS	6 / 12	NUBLADO
ANTÁRTICA	-3 / 0	LLUVIA

INDICE DE RADIACIÓN UV-B		
ARICA	11	EXTREMO
IQUIQUE	6-7	ALTO
LA SERENA	6-7	ALTO
LITORAL	6-7	ALTO
SANTIAGO	6-7	ALTO
CONCEPCIÓN	6-7	ALTO
PTO. MONTT	6-7	ALTO
PUNTA ARENAS	3-5	MODERADO



LOS PLACERES Y LOS LIBROS



La pura vida inacabable

Artemio Echegoyen

¿ES UNA SOLA la narradora de "Desorden moral", última novela de la canadiense Margaret Atwood, libro que tal vez no sea una novela sino un conjunto de relatos donde los mismos personajes se repiten en diversas épocas de sus vidas? Once capítulos o relatos, el primero de los cuales se llama "Malas noticias", y donde una pareja de ancianos, al parecer celebra el simple hecho de continuar vivos mientras se enteran del asesinato de un personaje público. Así, luego, en otro de los capítulos veremos cómo la narradora crece junto a su hermana once años menor mientras la madre debilitada le encarga el cuidado de la niña (al principio ella también lo es), hasta que la rebeldía triunfa, de algún modo, a cambio de una cachetada que deja a la madre y a la hija mayor atónitas por lo que ambas han osado hacer con la otra. Después a la madre se le saltan los ojos, pero a causa de una enfermedad contagiada por un hamster.

Más tarde ambas hermanas, ya adultas, recordarán un disfraz del jinete sin cabeza confeccionado para Halloween, y se preguntan por el paradero o el significado de esa horripilante o divertida cabeza suelta en la vida familiar, aunque sea a nivel simbólico. Pero este libro es cotidiano, trata de la vida afectiva en los días reales, y abarca más de una generación con esos círculos concéntricos que traza la memoria y dan sensación de eternidad (falsa). En otro de esos círculos una anticuada profesora de literatura obliga al análisis de un poema cuya lectura y estudio culminan en una relación de amor: tal es el poder de la literatura.

¿Quién es quién? Para saberlo hay que internarse en los vericuetos de la vida familiar que se desplazan sin contrariar al tiempo, pero sí la linealidad: los que fueron jóvenes serán viejos pero recuerdan su juventud. "Desorden moral", que da título al libro, nos desliza desde el punto de vista de la primera mujer de Tig -cuyo nombre ignoramos hasta el relato sabiamente titulado "Las identidades"- a Nell, la mujer con la que Tig engendrará una hija (y Nell es, acaso, la verdadera protagonista). Antes de que en "Los chicos del laboratorio" (que tenían bigote y fumaban pipa, como los hombres de los años 50) la narradora contemple, hablando, el álbum de fotos familiar junto a su madre ciega, ya sabemos algo: que la vida es así, y que Margaret Atwood (1939) es minuciosa y hábil en el arte de dibujar las vidas que se entrelazan, año a año, hasta el final, en un presente que comenzó en los '30 del siglo XX. Para mujeres que se emocionan, y hombres con tiempo para mirar a su alrededor.

DESORDEN MORAL

Novela
Margaret Atwood
Bruguera, 2007
276 páginas

CAMINO DE SANTIAGO

La pena de Bélgica

A LOS 78 AÑOS y tras una intensa vida, Hugo Claus, sin duda el mejor escritor de su país, pidió la eutanasia, práctica médica legal en Bélgica, y murió hace una semana en un hospital de Amberes, la ciudad donde vivía. Padecía Alzheimer desde hacía dos años.

Claus escribió teatro, poesía y novela, fue traductor, pintor y cineasta. Estuvo casado dos veces y tuvo dos hijos, uno de ellos con la actriz holandesa Sylvia Kristel, famosa por su papel en "Emmanuelle", un clásico del cine erótico. A sus hijos precisamente dedicó su mejor novela, "La pena de Bélgica", en la que cuenta su infancia en la Flandes ocupada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

"Antes de que los alemanes llegaran a Bélgica había visto a soldados franceses e ingleses que bebían constantemente, acosaban a las mujeres, y eran unos gamberros. Yo entonces sólo tenía trece años. Así que cuando llegó el Ejército alemán los soldados alemanes me parecieron magníficos. Eran fuertes y sanos, iban impecablemente vestidos y formaban al milímetro. Además, trajeron unos tanques brillantes, verdes y negros. Todo era de una belleza extraordinaria", recordaría Claus en una entrevista con la escritora Paula Izquierdo. De esa fascinación del pueblo flamenco por la fortaleza del ocupante alemán, más que por el nazismo, surge "La pena de Bélgica", la historia de la transformación de un niño en hombre en medio de la guerra y sus bajezas, uno de relatos más vitales escritos en Europa a fines del siglo XX.

Reconocido como el mayor escritor de lengua neerlandesa de las últimas décadas (los flamencos, mayoritarios en Bélgica, comparten lengua con los holandeses), su



Hugo Claus intentó salir del mundo discretamente. "Sacarle la vuelta a la muerte no tiene nada de heroico", afirmó el cardenal belga.

relación con su país siempre fue tensa y contradictoria. Su talento desbordaba las fronteras de Bélgica hacia los países vecinos, Francia y Holanda, frente a los cuales Claus decía ser flamenco "por contraste: en París, en medio de esos marquesillos, me siento pesado. En Amsterdam, en medio de esos señorones, me siento ligero".

Cosmopolita en el corazón de Europa, Claus era profundamente antinacionalista. Y, también, desde que a los quince años se escapara de un internado católico, ateo militante, acerbamente irónico frente a la cultura flamenca impregnada de monarquía, scoutismo y democracia cristiana. Su estética debía

mucho a dos pintores flamencos crudos y veraces como fueron Brueghel y Ensor. Su humor, negro y desencantado, estaba teñido de colores subidos, de truculencia, de animalidad. Quien quiera saber a qué se asemeja un relato de Claus, no tiene más que superponer un cuadro de Brueghel a uno de Ensor. Ese fue su tono vital.

¿Por qué escribe usted?, le preguntaron una vez. "Por curiosidad, por orgullo", respondió. Sus contradicciones asumidas hicieron de él un personaje entrañable. Mundano y moderno, nunca condujo un vehículo ni usó un computador, ni siquiera una máquina de escribir para dactilografiar ni una sola línea de sus más de 30 libros publicados. Su método fue siempre el mismo: "Escribo las cosas tres veces. El primer borrador lo hago siempre con letra minúscula, pongo lo que me da la gana, locuras, tonterías y cosas inconexas. Después, a partir de este montón de páginas de letra ínfima, escribo un segundo borrador, donde ya no aparecen tantas tonterías, y en el último procuro que no aparezca ninguna, aunque siempre hay alguna que se me escapa".

A la hora de morir, Claus intentó salir del mundo discretamente. Su nombradía, sin embargo, no le ahorró una última polémica. En pleno *affaire* Chantal Sébire (la mujer francesa que padecía un cáncer facial y a la que la justicia de su país le denegó la petición de eutanasia), la prensa había saludado de manera unánime la valentía y dignidad de Claus en su última hora. El cardenal católico belga, monseñor Danneels, se permitió, sin embargo, comentar que el enaltecimiento de la eutanasia representa un error. "Sacarle la vuelta a la muerte no tiene nada de heroico", afirmó el prelado, desaprovechando así una estupenda oportunidad de callarse.

Antonio de la Fuente

TOMATUMATE

La Era está pariendo

LA REALIDAD VA casi siempre más rápido de lo que sus protagonistas anticiparon. Es lo que le está pasando a Barack Obama, cuya candidatura está pasando a ser mucho más que una chance de parar el inmenso daño que George W. Bush le está causando al planeta; es una oportunidad única de revertirlo.

Con Obama está ocurriendo un fenómeno que hace falta en Chile: se involucran los que nunca votaron. Sus victorias provienen principalmente de aquella masa de indiferentes que ahora siente que se mueve el piso, la mayoría jóvenes, ilusionados con la promesa de un nuevo acuerdo social en beneficio de los excluidos.

El candidato postergó por meses una definición sobre el tema racial, y cuando no tuvo más alternativa, el debate se convirtió de manera sorpresiva en un nuevo trampolín de su candidatura, marcó una nueva

En Chile, como en Estados Unidos, descartar de antemano el despertar de los apáticos y los excluidos puede ser un gran error estratégico: la Era está pariendo y hay que ayudarlo.

diferencia con aquella de Hillary Clinton, que se afirma en las fórmulas clásicas del sistema.

Con su mensaje "postracista" y sin ensuciar a su oponente, Obama ha ganado en nueve de los diez estados "más blancos" y en nueve de los diez "más negros". Desde que inició su actividad política en Chicago, Obama se ha dedicado más a cultivar los grupos sociales que los pasillos cortesanos. Su estrategia es de incorporación: en 1992 dirigió una campaña que registró 150 mil nuevos votantes.

Hasta dónde pueda llegar Obama en convertirse en el Franklin D. Roosevelt de los tiempos modernos depende de la presión las propias comunidades, de su base de apoyo,

dice una carta publicada esta semana por un grupo de intelectuales progresistas encabezado por el historiador Howard Zinn.

Cabe preguntarse si es Obama quien encabeza el movimiento que lo apoya o si el movimiento lo está empujando hacia donde nunca pensó llegar. No sólo Estados Unidos, sino todo el mundo está al borde de un desastre épico que la administración de Bush no creó por sí sola, pero lo exacerbó hasta la náusea. Y al hacerlo, contribuyó a impulsar lo que menos deseaba: un rechazo casi universal al neoliberalismo, la conciencia de que estamos matando al planeta, el despertar de aquella palabrita, dignidad, cuya potencia nadie debiera despreciar, como

lo evidencia casi toda la región latinoamericana.

Pero en casa andamos atrasados. En el último congreso del Partido Socialista se impuso una maquinaria para preservar cuotas de poder y garantizar la candidatura presidencial a los varones. La actitud de Ricardo Lagos -él no ve por qué tendría que arriesgarse a perder en una picante primaria socialista- no sorprende pero sí ofende.

Barack Obama concentra de modo abrumador en su candidatura el voto joven e independiente, el que no formaba parte de los cálculos partidarios. Obama les ofrece un "cambio en el que se puede creer", y lo creen.

En Chile, como en Estados Unidos, descartar de antemano el despertar de los apáticos y los excluidos puede ser un gran error estratégico: la Era está pariendo y hay que ayudarlo.



Alejandro Kirk